

# **LA ESCRITURA AMERICANA ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DE LA CONQUISTA**

**Paola Bernales Pantoja**  
**Periodista, licenciada en comunicación social**  
**Magíster © en estudios latinoamericanos**

Un desproporcionado choque cultural entre dos concepciones de mundo se materializó con la irrupción de los españoles en América, a fines del siglo XV. Con la llegada de Colón al Nuevo Mundo los invasores se erigieron como dominadores casi absolutos, imponiendo su religión, su lengua y demostrando superioridad bélica sobre los otros, los vencidos, muchos de los cuales fueron convertidos en esclavos o muertos.

Respecto de la escritura, sorprende la existencia de textos con dibujos e idiogramas en la Cultura Maya, que se extiende entre el norte de México, la península de Yucatán, Guatemala y El Salvador, cuya existencia los investigadores han fechado en el s. XV A.C. Estos textos que contenían dibujos, líneas para seguir la lectura, parte de su calendario y otras imágenes que aún no han sido descifradas, podían ser leídas por los sacerdotes o altos jefes en su tiempo de reinado. El Papel mate, que se extrae de la corteza de los árboles era el soporte en donde se inscribían estos signos.

Si bien mucho de estos escritos fueron destruidos por los españoles, e incluso por algunos indígenas borrándose de un plumazo un riquísimo pasado, es posible haber hasta nuestros días diversos “códices” que se conservan en su mayoría en museos de Europa y en algunas ocasiones en América Latina.

La naturaleza de estos textos nos acerca a aquellos que fueron depositarios de la palabra, hacedores de la historia o bien, traductores y compiladores de un pasado rico en tradiciones orales. Por otro lado, nos remite a los soportes en que se encuentran fijadas las tradiciones de diversas culturas, ya sea en español; lenguas antiguas vaciadas a caracteres latinos o en los registros escriturales prehispánicos, que sólo algunos pueblos poseían.

La memoria de los pueblos antiguos era mayormente oral y colectiva. Ha sido descrita por la investigadora Viviana Manríquez como polifónica, de contenidos arquetípicos unidos a mitos de origen, creada y recreada a través de la palabra y por tanto dinámica y creativa. No se trata de una transmisión rígida, pues permite el nexo con la voz de los antepasados enlazando el tiempo cotidiano de las acciones humanas, el tiempo social marcado por los ciclos de la naturaleza y el gran ciclo cósmico.

En el caso de los México Aztecas eran las élites que ejercían el poder (sacerdotes y gobernantes) quienes mantenían el control de la memoria inscrita en distintos códices o libros sagrados y sólo algunas partes eran de conocimiento público. Estos libros representaban hitos sociales, económicos, políticos y rituales como la calendarización del tiempo, formas de la adivinación, descripción de ceremonias, explicación de sus dioses y del universo. Se utilizaban fibras de árboles o pieles para grabar toda clase de signos, mediante glifos pictóricos, ideogramas, jeroglifos y símbolos fonéticos. Si bien, muchos de ellos fueron destruidos en tiempos de Izcoatl, (gobernante que quemó toda la producción de códices para erigir a los aztecas como únicos dueños y señores de la tierra) o por parte de españoles que arrasaron con un pasado religioso que calificaban de diabólico. Los códices que lograron sobrevivir se encuentran en museos europeos y mexicanos y sólo quedan un total de quince textos prehispánicos provenientes del altiplano central, el área mixteca y la zona maya.

Muchos de los mitos allí enunciados eran conocidos por el pueblo y se comunicaban de generación en generación en forma oral. Por sus contenidos pueden ser descritos como libros de cuentas de los días y destinos, libros de los años y linajes, así como de naturaleza histórica y libros acerca de las cosas divinas. De entre los códices desaparecidos algunos cronistas han hecho referencia a libros con matrículas de tributos, libros de tierras, especie de registros catastrales, mapas y planos de ciudades, provincias y regiones mayores con

indicaciones precisas, libros de cantares, libros de sueños y libros de días y destinos.

Estos documentos tienen un carácter original por cuanto no tienen conexión con las formas escriturales nacidas en el hemisferio norte en el siglo VII A.C., ni se ha encontrado nada similar en otras áreas de América. La palabra inscrita en los códices era leída “siguiendo el camino del libro”, pues los sabios “enseñaban a los jóvenes todos sus cantos, los cantos divinos”. Se manifiesta así una relación entre el libro y el canto, entre escritura y oralidad, según explica Miguel León Portilla en el “Destino de la Palabra”.

Un segundo grupo de documentos de carácter heterogéneo surgió del embate entre el español y las lenguas vernáculas. Estos textos registraron tradiciones orales provenientes por ejemplo del nahuatl, lenguas mayas como el yucateco o quiché, del quechua o bien de otras lenguas autóctonas, mediante signos del alfabeto latino. También hubo escribas bilingües que las tradujeron directamente al español. Estos textos dan cuenta de estrategias de resistencia frente al predominio de los conquistadores, aunque también nos hablan de una antropología de la urgencia que quiere dejar registro de su pasado, para hacer valer las culturas ancestrales, como una forma extrema en que esos sujetos históricos pudieron legitimarse a sí mismos y dejar huellas del pasado a las generaciones futuras.

Predominan los mitos fundacionales y de origen del Universo, la historia de los ancestros, según como fuera relatado por boca de familiares y vecinos obteniéndose la recopilación de leyendas y tradiciones que luego vertieron sobre el papel. También hay textos que fueron extraídos de lecturas e interpretaciones de antiguos códices y finalmente entrevistas o testimonios que algunos españoles obtuvieron de indígenas.

Algunos investigadores advierten que por la censura que sufrieron por ejemplo las tradiciones religiosas de parte de los españoles, es posible que algunos de estos textos no reflejen la realidad, porque se cree que el informante adopta prácticas de sobrevivencia, “puede narrar lo que cree complacerá al investigador o que coincidirá con lo que éste busca”, (cita el destino de la palabra) En la misma investigación se dice que “es posible que reflejen, a lo sumo, algo de la situación de enfrentamiento y trauma cultural en la que fueron escritos, obtenidos en interrogatorios forzados a los que se sometió a no pocos nativos”, en que el autor cita a Burkhart. Esta visión cuestiona la confiabilidad de textos como el Códice Florentino, los Cantares Mexicanos y los Anales de Cuauhtitlán, entre otras compilaciones.

Entre los más reconocidos están el Libro del Chilam Balam de Chumayel, fijado con caracteres latinos en Yucateco; el Popol Vuh o libro de la asamblea o pueblo en Quiché, de origen Guatemalteco. Este libro fue escrito por Diego Reynoso y data de 1550, un mestizo que fija en escritura tradiciones mayenses anteriores a los españoles. Es prohibido, luego se pierde y recién en 1930 vuelve a aparecer. También se encontraron los Anales de Cuauhtitlán y los cantares a los dioses.....(falta explicación)

Preocupado por la falta de memoria histórica de su pueblo, el Inca Garcilaso de la Vega obtiene una recopilación de la memoria de sus ancestros, de la versión de un tío de la familia, descubriendo que su sangre provenía directamente del Dios Sol. Así también recoge los mitos de fundación de su pueblo y las fábulas e historiales del origen de los Incas, y las de sus vecinos de otros pueblos.

En el Area Andina, es posible encontrar además, distintos tipos de tradiciones orales fijadas en textos como el Arawi (canciones amorosas, rituales amatorios de un individuo a otro); Jaill (cantares guerreros); el Haili, (cantares

sagrados, poesía religiosa y cantares agrícolas) y el Wawaki (cantares funerarios de los incas, la mayoría recopilados por el inca Guamon Poma de Ayala).

Un tercer tipo de textos fue escrito directamente por españoles en su mayoría sacerdotes o frailes, hombres letrados que sentían una especial atracción por la cosmología que descubrieron en el Nuevo Mundo. Utilizando informantes que bien relataban las tradiciones orales, bien eran capaces de leer desde los propios códices, fueron hilvanando libros tan maravillosos como “La Historia General de las Cosas de la Nueva España”, del padre Bernardino de Sahagún.

Todos estos documentos fueron intentos por dar cuenta de una tradición oral que parecía esfumarse y desaparecer de manera vertiginosa. En su lectura se desprende una potencia mitológica y narrativa cuya fuerza radicaba en la oralidad y que al perder su contacto con la voz hablada trató de ser conservada, más no pudo ser apresada del todo. Al ser traspasada en escritura alfabética esta riqueza cultural perdió, sin duda, relación con su origen y con el enriquecimiento del día en día y de boca en boca que le proporcionaba el uso constante.